



## La Que Mató El Parabrisas Distráido

■ por Emily Hind

No sé de cuál público huye Carmen Boullosa, pero sus demonios la empujan en direcciones siempre inesperadas y muchas veces incómodas en una primera lectura. El teatro áspero, la poesía espinosa y la Prosa rota de Boullosa le han ganado una marginación literaria que en gran parte del extranjero se transforma en centro académico. Hoy día, parece que México busca domesticar lo que ha exportado.

De los 56 autores con biografía en la página de la red del Fondo de la Cultura Económica, tres son mujeres: Rosario Castellanos, Maruxa Vilalta y, la adición más reciente, Carmen Boullosa.

Supongo que se encasilla a Boullosa dentro del marco institucional para venderla, y en ese proyecto deseo al Fondo la mejor suerte. Divierte la idea de celebraciones oficiales de una obra rebelde y erótica que de otro modo escandalizaría la sensibilidad política conservadora. Ciertamente, el libro de poesía más reciente de Boullosa, Salto de mantarraya (y otras dos), merece cuantiosas ventas.

El libro se divide en dos poemas largos, “Salto de mantarraya” y “Los nuevos”, separados por una sección de poemas cortos, “Las despechadas”. El libro es

apto para amantes o para un día solitario en que no se antoja un texto largo ni ajeno.

Salto de mantarraya (y otras dos) soslaya un comienzo fijo. En “Los nuevos”, la voz poética explica el forcejeo con el concepto del principio al comentar que recuerda el momento de haber descubierto los números negativos, “Que me fascinaron con su ensoñación / [...] A la luz del menos uno, fantaseé por primera vez que / Algún día alguien me besaría” (p. 144).

Esa “luz del menos uno” ilumina un espacio seguro para la fantasía matemática en donde la pareja no necesariamente suma a dos ni los números siguen la costumbre literaria. Así, “Los nuevos” inicia con más de una página de verso antes de la sección marcada “uno”, la cual termina con el verso, “La vida comienza” (p. 162). Esta conclusión funciona para abrir el texto, tal como los últimos versos de “Salto de mantarraya” titulados “final” que también mantienen abierto el poema: “se escucha, se escucha, se escucha, escucha” (p. 55). De manera parecida al inicio de “Los nuevos”, “Salto de mantarraya” arranca con una “introducción”, seguida por una “explicación”: “Muy importante: esto comienza en un beso” (p. 15).

El juego de explicar el comienzo después de que éste ya se leyó, propone una doble “introducción” que nunca termina de empezar sin su explicación. Boullosa complica la noción de un principio que partiría del uno sin considerar los elementos detrás del uno y experimenta con conclusiones que dejan inconclusa la suma del texto.

Los comienzos ambiguos coinciden en “Salto de mantarraya” y “Los nuevos” con alusiones a Eva y Adán, quienes también se usan para fantasear sobre los antecedentes de esta “primera” pareja. En “Los nuevos” la voz poética y su amante son “más nuevos que las Evas” (p. 92); en “Salto de mantarraya”, al contrario de la ordenada “Eva uno” quien “Trabaja, lleva las cuentas, paga impuestos” (p. 20), la segunda Eva no sirve a los demás: “(Nadie se ve en los ojos de la Eva dos, / que es mantarraya / y salta)” (p. 21). El coqueteo con la mitología cristiana sorprende en el contexto de la palabra siempre insurrecta de Boullosa, pero pronto el tema llega a la blasfemia como piden los demás riesgos del texto. En “Los nuevos” la referencia a la Virgen se aplica a la mujer sexualmente experimentada y por fin satisfecha: “Y ahora tú, porque me bendices con tu elección / (Me haces bendita entre todas las mujeres) / [...] Tú que me besaste los pies, llevándome directo al altar” (p. 105).

La blasfemia centra en la necesidad de encontrar a Dios en un hombre-amante, tema que también se asoma en

algunos poemas de “Las despechadas”.

El motivo del jardín de Edén también surge en los poemas a través de la riqueza del vocabulario zoológico. La preocupación de Boullosa respecto al desastre ecológico no figura aquí, aunque sí hay una conciencia del mundo natural. Para Boullosa el ser humano no es el primero entre las bestias, sino análogo a ellas, y la trascendencia ocurre sólo en relaciones sexuales y verbales. Si el origen se rehace constantemente, la cronología lineal se debilita y la consecuente liberación de causa y efecto, de orden y progreso, invita a otra lógica.

De ahí se entiende el deseo de trascendencia en cuanto al uso de la mantarraya como símbolo femenino. La mantarraya fea sirve para articular la experiencia femenina a la vez que resiste esa misma experiencia al hablar desde un salto precario y parentético. Los paréntesis que aparecen con frecuencia en el poema indican que tarde o temprano el salto finaliza. Dentro de esa certidumbre, la suspensión momentánea brinda una fluctuación sin ofrecer una solución; el salto no es utilitario ni dogmático.

En cuanto al tedio de la rutina doméstica y la visión de lo femenino como monstruoso, Boullosa coincide con la temática de Castellanos, sólo que Boullosa lleva esa temática con una falta descarada de decoro:

Tú, mantarraya, con boca de quimera, eres una desnuda, eres monstruosa. Eres un gemido, es lo que eres. [...] Eres el clítoris exhibido, expuesto ahí, donde otros seres enseñan las líneas de ]las manos para que la gitana les descifre su historia. Eso es todo lo que hay escrito en tu envés ]ridículo. Por eso la lengua sin cuerdas. Eres lo que resta de la pluma del ave que se comió la hiena, la que mató el parabrasis distraído. (p. 33).

La imagen de la mantarraya como femenina parece entrar en diálogo con el concepto de l'écriture féminine del llamado feminismo francés desarrollado por pensadoras como Julia Kristeva y Hélène Cixous. Por ejemplo, en “petición de la manta”, vemos de nuevo ese paralelo entre cuerpo y escritura:

(¡Léanme la palma de la raya. La raya que es mi nombre, el trazo de la vulva al culo: léanme!) (p. 43).

No sé si estas imágenes se elaboran con suficiente creatividad para dar nuevo aliento a la teoría de las francesas. Sin duda, el erotismo celebrado con soltura en estos poemas desafía el feminismo más recatado de Castellanos. Boullosa parece tener conciencia de esa posibilidad de canonización en el segmento del poema titulado “suspendida un instante en el aire, la manta habla”:

No puedo ser el fragmento institucio na li za do, jins ti tu cio na li za do! (p. 36).

La declaración de independencia se expresa sin ambigüedad y parece que la mantarraya salta para evitar el Fondo. Si la mantarraya declama contra la fragmentación institucionalizada, técnica que hace más digerible la obra de muchos escritores enlazados al canon del Estado, como Paz y Castellanos, la mantarraya también evita formular una tesis sobre lo femenino que se aterrizaría en la doctrina política, lo cual aleja a Boullosa del Album de familia de Castellanos.

Por momentos en el otro poema largo, “Los nuevos”, Boullosa revela un erotismo intenso y directo. La escritora se aprovecha de la forma aflojada para inspirarse en el estilo tan líricamente leíble de, digamos, Sabines. “Los nuevos” resulta una lectura íntima y no obstante nueva.

No recuerdo, por ejemplo, haber leído en textos anteriores que la voz poética pide que la luna le penetre por el ano. El acercamiento de Boullosa a esas seducciones es directo, conciso. “Uno” de “Los nuevos” recuenta las experiencias de un recorrido de su casa en Brooklyn hasta el metro, donde sube a esa “nave de locos” durante tan sólo una parada, y asciende a la calle para regresar a casa.

Los temas que interceden durante esa peregrinación sin meta utilitaria son diversos: la experiencia de enamorarse repetidas veces tras la separación del padre de sus hijos, la niñez en México, la soledad, la ciudad de Nueva York. El carácter autobiográfico del poema evade la dificultad de narrar en prosa la vida propia, pues elimina la expectativa de alguna trama. No obstante, el intento lírico de eliminar los fines y los comienzos ambiciona un texto abierto sin aminorar la coherencia.

La segunda parte de “Los nuevos”, “dos: la traducción”, proporciona otra suerte de comienzo. El poema reproduce un diálogo entre la doncella Aurora y el enano Morfeo, quien recuenta la amenaza de una ola gigantesca que el 26 de junio 1629 frente a Madrid deposita a “los nuevos”, un hombre y una mujer, sobre la tierra.

En esta “traducción” Boullosa logra incorporar su consentida época barroca de una manera contemporánea. A través de su obra, la preocupación histórica de Boullosa enfocada en la Conquista y la Colonia convierte a la memoria en responsabilidad, en la característica que separa a la gente que piensa de la que destruye.

La razón por esa atracción específica al barroco se relaciona con el ser mexicano y el lenguaje mismo. Sospecho

que a Boullosa le complace prolongar los juegos de la literatura barroca porque ahí lo menos natural se considera lo más logrado. El lenguaje barroco como antinatural, como hogar adoptivo, complementa las voces narrativas y poéticas de Boullosa que deambulan por sus páginas extrañando la compañía cuerda, familiar; son huérfanos en su propia época y a veces huérfanos de su propio idioma y de sus cuerpos.

Además, lo barroco sirve a Boullosa como metáfora de México. Como dice una defeña en los años noventa en la novela Cielos de la Tierra, “De la Colonia venimos, en la Colonia estamos” (p. 147). La parte “dos” de “Los nuevos” suaviza y contextualiza el desastre contemporáneo al traducir el nuevo milenio al siglo XVII y contraponer la perspectiva negativa del deforme Morfeo con el optimismo de Aurora.

No hay que olvidar la sección intermedia de Salto de mantarraya, “Las despechadas: divertimento”. Estos poemas breves y humorosos alaban el fracaso amoroso, aunque el “divertimiento” todavía abarca uno que otro detalle cáustico y abiertamente erótico.

Salto de mantarraya es un texto extravagante: pesado, divertido, frívolo y comprometido. No se espera nada menos de Boullosa, quien ya se estableció como una de las escritoras más interesantes de la época. Ojalá y nunca se acostumbre a su propia compañía como tal, como si fuera institución. Boullosa, siempre crítica y siempre fiel a las posibilidades de las letras, opera mejor cuando en lugar de incorporarse, se desquita.

Como sus apreciados números negativos, los mejores textos de Boullosa dejan al público en la inquietud, sumando algo fuera de la escala conocida, preguntándose si debe cambiar su método de contar. n